

## DIARIOS DE UN VIAJERO (PARTE I)

Buenas noches joven amigo... siéntate aquí conmigo y disfruta de una buena velada al calor de una chimenea en esta fría noche de invierno. Deja que tu corazón se relaje y cuente los pesares y alegrías que has visto mientras tu cuerpo se deleita con el placer de una copa de buen vino de Lyönesse. No hace falta que empieces tú si no quieres,



déjame a mí que rellene mi pipa con un tabaco de Hoja Larga mientras te cuento lo que me sucedió hace ya muchos ciclos en mis viajes por tierras extrañas, desde las cálidas junglas de Meraska hasta los fríos glaciares de los Picos Helados. Mientras puedes ir relajando tu cuerpo y tu mente pues lo que vas a oír es difícilmente creíble por la gente de mentes estrechas, algo que me consta que tú no eres.

Sucedió hace ya mucho, cuando yo era tan sólo un joven guerrero de clan, osado y valiente, demasiado valiente, que quería comerse el mundo, aunque podría decirse que comenzó mucho antes, incluso antes de que yo naciera. Comenzó con mi padre. Mi padre, Rufus Forgepride era un afamado maestro herrero que por razones que no vienen a cuento en esta historia tuvo que dejar su hogar ancestral entre los Picos Helados para irse a vivir con los humanos en un pequeño asentamiento en los lindes mas septentrionales de las montañas, donde estas pierden todo su salvaje poderío y comienzan a ser simples promontorios ondulados que van desvaneciéndose hasta llegar a las inmensas llanuras del Mar de Hierba.

Settenburgo. Así se llamaba la pequeña ciudad que con muchos esfuerzos habían logrado levantar un pequeño grupo nómada humano contra todo pronóstico, pues de todos es sabido que son numerosas las tribus orcas que recorren sus lindes, a cada cual mas fiera y sanguinaria. Allí se dirigió mi padre, esperanzado con que sus habilidades con el yunque y el martillo le permitiera mantener a su familia en ciernes, con mi madre embarazada, a pocos meses de mi nacimiento.

Supongo que la llegada a la ciudad debió aturdir a mis padres por mucho que estos siempre lo negaran, ya sabes de que hablo: orgullo, una virtud que muchas veces ha llevado a la ruina a mi raza. Al franquear las puertas de la empalizada de madera, la cacofonía de voces en distintos tonos y lenguajes tuvo que superarles ya que aunque estaban acostumbrados a trabajar en la forja, allí todo era un melódico y rítmico tintineo de metal contra metal acompañado por las canciones de trabajo y no el caos que presenciaron. Digo esto porque todavía yo, que he vivido siempre en ciudades sobre la superficie, no acabo de acostumbrarme... y del olor, del olor ya ni te cuento.

La ciudad había experimentado un incremento importante en un corto espacio de tiempo del número de habitantes por lo que mas que vivir, allí la gente se hacinaba pues todavía no había comenzado a construirse el segundo anillo de defensa de la ciudad. Incluso había gente que se arriesgaban a vivir en el exterior, desarrollando barriadas de extramuros, a pesar del peligro inherente a las grandes llanuras.

Aunque los humanos eran prácticamente mayoría en Settenburgo, había un reducido grupo de gentes de otras razas, incluyendo enanos, que rápidamente acogieron a mis progenitores entre ellos, máxime cuando comprobaron la calidad del trabajo de forja de mi padre, todo un orgullo para ellos.

Así pasaron los meses, con mi padre trabajando en la forja mientras el abdomen de mi madre se iba hinchando a medida que yo crecía, intentando salir de allí, y vaya, si lo intentaba, pues según mi padre, mi madre siempre se iba quejando de mis patadas. Al final lo conseguí y vine a Klaskan en la sucia y ruidosa ciudad de Settenburgo. Pocas cosas recuerdo de mis primeros años de vida sino el calor de un hogar feliz y el cariño de unos padres atentos.



Todo podría haber sido así de fácil si no fuera porque sucedió algo que cambió el curso de mi vida y de la de todos los habitantes de Settenburgo. Durante un tiempo se habían estado escuchando rumores por las tabernas de que los orcos andaban inquietos, luchando entre ellos en lo que parecía una disputa por el poder supremo y aunque al principio no se le echó cuenta pues de todos es sabido que los orcos siempre están guerreando por una cosa u otra, el aumento en el número de estos fue concretándose en un nombre: Goorsha.

Al parecer Goorsha había ido avanzando poco a poco en el escalafón desde ser el líder de unos pocos saqueadores hasta aglutinar alrededor suya a varias tribus. Había conseguido reunir a una Horda y convertirse en su Khan.

Poco a poco los rumores iban adquiriendo mas detalles a medida que el número de refugiados de otros asentamientos mas pequeños iba creciendo dentro de las atestadas murallas de Settenburgo. Las historias que contaban eran de tal crueldad que pocos eran capaces de creer que alguien fuera capaz de semejante barbarie para con los vencidos, incluyendo mujeres y niños, pero eran ciertas y cuantas mas ciudades saqueaba y quemaba, mas orcos se le unían.

El Consejo de la ciudad no tuvo mas remedio que reunirse, acordando reunir un ejército con el que enfrentarse a la Horda de Goorsha antes de que esta creciera a un tamaño con el que no fuera posible medirse. Mi padre se presentó voluntario para el ejército pues es conocido el odio que siente mi raza hacia los pieles verdes pero el Consejo desestimó su ofrecimiento pues necesitaban con rapidez una gran cantidad de armas y armaduras, y la habilidad de este en la forja era muy conocida.

Los enanos de los Picos Helados y los elfos del Bosque Susurrante acudieron a nuestra llamada de auxilio engrosando las filas del incipiente ejército con valerosa infantería pesada y expertos arqueros con experiencia en combate para ayudar a las levadas que se estaban armando. Todavía me acuerdo del desfile que se organizó el día en que el Ejército de la Luz como así le llamamos se dirigió al encuentro de la Horda de Goorsha. Los altos estandartes de vivos colores, las refulgentes armaduras, las sonrisas y caras seguras del éxito, los relinchos de los caballos y el sonido de trompetas y tambores marcando el ritmo de la marcha. Fuimos muchos los que nos despedimos de ellos, sabedores de que se encaminaban a un destino incierto, pero con la esperanza y la determinación de la victoria en su corazón.

Si conoces un poco la historia del Reino de Setten sabrás que el Ejército de la Luz obtuvo una paupérrima victoria sobre la Horda de Goorsha gracias a que Gimlanas, comandante de los elfos del Bosque Susurrante logró acertar en un ojo al Khan de los orcos cuando las fuerzas aliadas estaban a punto de ser aplastadas por los simples números, pues eran aventajados en una relación cinco a uno. Herido, el líder orco se retiró a lomos de su lobo de guerra provocando una reacción en cadena que acabó con la huida de toda la Horda. No había dicho su última palabra como se pudo comprobar, pero ese día se retiró.

Sin embargo, Goorsha era un ser taimado, y sabedor de que en Settenburgo no podía haber quedado demasiado gente destacó antes de la batalla un grupo de jinetes de lobo para asaltar la ciudad aprovechando la velocidad de sus monturas para que así esta no pudiera ofrecer refugio a los supervivientes y así poder cazarlos uno a uno en las llanuras.

Mientras todo se decidía en el campo de batalla, los jinetes de lobo se fueron acercando a la ciudad hasta quedar a la vista de los pocos defensores que allí quedaban aunque lejos del alcance de sus flechas.. Si hubieran sido los típicos incursores orcos no habría habido ningún problema pero estos no lo eran. Desmontaron de sus lobos y ante la atónita mirada de todos los que se refugiaban en la ciudad comenzaron un macabro ritual al sacrificar varios prisioneros que habían capturado por el camino mientras un chamán se bañaba en la sangre de las víctimas a la par que recitaba una retahíla de palabras arcanas sin sentido... La cantinela del orco era repetitiva y poco a poco fue subiendo de volumen hasta que se convirtió en un atronador vozarrón que súbitamente se calló.

Mi padre y los defensores se sonrieron al ver que nada ocurría... estos orcos no son capaces de hacer nada a derechas... se jactaban... ilusos. Poco a poco un sordo temblor fue aumentando en intensidad hasta convertirse en un auténtico terremoto que provocó el derrumbe de numerosos edificios aunque lo peor fue la caída de varios sectores de la incipiente muralla de piedra y madera que protegía Settenburgo. Mi padre pudo guarecerse pero no así muchos de sus amigos que perecieron aplastados. Los orcos, jaleando gritos de victoria se lanzaron por la ciudad.

Puedes imaginarte la orgía de sangre que sacudió la ciudad mientras los jinetes lobos recorrían las calles acuchillando a los despavoridos ciudadanos que no sabían por donde huir de la matanza. Sorprendidos, los defensores no sabían que hacer, y los orcos hacían lo que querían. Mi padre intentaba desesperadamente llegar hasta mi casa donde mi madre y yo nos habíamos escondido en el sótano mientras el infierno se desencadenaba sobre nuestras cabezas.

Uno a uno, los defensores se fueron organizando en torno a la furia de los golpes que enarbolaba mi padre mientras intentaba llegar a casa. Acuciado por la prisa y temeroso por nuestras vidas se lanzaba al ataque como uno de esos minotauros suicidas que se hacen llamar berserkers. Las heridas que le hacían no le importaban, tan sólo importaba llegar a casa. Uno tras otro fueron cayendo cabezas de orcos hasta que por fin llegó a casa.

La puerta estaba derribada, las estancias desordenadas y mi madre... muerta. Habían descubierto nuestro escondite y mi madre me ocultó como pudo mientras hacía creer a los orcos que era la única habitante de la casa a la par que recurriendo a un par de sartenes se las veía con ellos. Al final pudieron con ella. Si no fuera porque era tan grande el número de habitantes de la ciudad que corrían despavoridos, a buen seguro que al final me hubieran encontrado pero desistieron de seguir buscando por la casa y ansiosos por verter mas sangre inocente se dedicaron a asaltar las casas de mis vecinos.



Afortunadamente para nosotros, el comandante Freggan del Ejército de la Luz, apercebido por la falta de una importante fuerza de jientes de lobo pudo liberar una fuerza de caballería del combate con la Horda en nuestra ayuda. Si no, no lo contaríamos. Mi padre, creyendo que todo se había perdido: familia, casa, trabajo... se lanzó anhelante a la furia del combate mientras yo pasaba toda una noche de terror escondido en el sótano hasta que me encontraron. La ciudad había sido casi aniquilada y su población diezmada a números imposibles de cuantificar.

Algo cambió en Rufus Forgepride esa noche. Dejó de ser el afable, simpático y cariñoso padre que siempre había conocido y se convirtió en un padre seco, arisco, enfrentado con el mundo. Creo que se lamentaba por las circunstancias que le obligaron a marcharse a Settenburgo o por no haber sido capaz de defender a mi madre. Lo único que se es que desde entonces no pasó un día sin que me reventara a trabajar en las artes de la guerra durante el día bajo su tutela, para escuchar sus sollozos durante la noche.

CONTINUA EN DIARIOS DE UN VIAJERO (PARTE II)